Introducción

En 1891, el estrellato de Oscar Wilde estaba en alza. Durante una década había sido el cotilleo de Londres, un prodigio literario pionero de la moda y del esteticismo filosófico. Había publicado con éxito obras en prosa y poemarios, y estaba preparando la publicación de su primera novela, *El retrato de Dorian Gray*, un magistral relato de una oferta propia del Fausto repleta de deseo, vanidad y corrupción. Inglaterra miraba a este irlandés radiante con una combinación de fascinación, admiración y horror, pero nadie podía negar que se estaba convirtiendo en un titán de la cultura nacional. Sin embargo, en un lapso de cinco años, la reputación y la salud de Wilde fueron destruidas. Condenado a dos años de trabajos forzados, Wilde era escupido por extraños mientras era transportado en tren a la cárcel. Al ser liberado, huyó al exilio, viviendo en la penuria bajo un nombre falso. Nadie quería ser reconocido como su amigo. Menos de una década después de alcanzar el estrellato literario, Wilde murió.

Es conveniente y apropiado que recordemos el papel que Wilde desempeñó dentro de una cultura victoriana por lo demás rígida y represiva, así como la importante y pionera tarea que realizó en describir públicamente una forma de deseo entre personas del mismo sexo que, de otro modo, hubiese permanecido oculta y criminalizada en los márgenes. Wilde fue uno de los primeros hombres de la sociedad británica en dar una forma creativa a una sexualidad que apenas se comprendía a sí misma, y mucho menos comprendida o discutida por las personas heterosexuales. Por ello, las fuerzas conservadoras consiguieron destruirle. Pero en el corazón de la historia de Wilde está su amor por un joven terrible, un amor que le llevó al borde de la locura y encendió la mecha del fuego salvaje de los acontecimientos que lo llevaron a su ruina.

Ese muchacho, un petulante y cruel hijo de la aristocracia británica, era lord Alfred Douglas, conocido también por su cariñoso apodo «Bosie». Wilde y Bosie se conocieron en 1891, cuando Bosie era un estudiante de veintiún años del Magdalen College de Oxford, el *alma mater* de Wilde. Bosie era un *twink*[1] arquetípico, popular y atlético, que se preocupaba más por sus escritos y actividades en el nuevo movimiento de la «poesía uranista», que idolatraba las relaciones pederastas entre hombres mayores y jóvenes, que por sus estudios, que nunca terminó. En Wilde encontró a su amante mayor y benefactor ideal, cuyo trabajo y obras de teatro ya había elogiado en las revistas uranistas.

Su tempestuoso romance provocó que la homosexualidad de Wilde pasara del ámbito de la insinuación literaria al de la temeraria identidad pública. Embelesado por el joven poeta, Wilde aceptó el estilo de vida de Bosie y satisfizo sus exigencias. Los dos amantes bebían y salían de fiesta juntos y se convirtieron en objeto de calumniosos rumores. Empezaron a organizar salvajes fiestas sexuales con jóvenes de clase trabajadora, a los que pagaban por follar (o por que se los follaran). La imagen pública de Wilde –un educado y encantador cuentacuentos, casado y con hijos– chocó con su vida privada, y aunque el conflicto pudo mantenerse durante unos años, no pasó mucho tiempo antes de que ocurriera lo inevitable. Wilde se lo esperaba. En una carta a Bosie tras salir de la cárcel, escribió:

> Era como comer con panteras. En el peligro estaba la mitad de la emoción. Yo sentía lo que debe sentir el encantador de serpientes cuando incita a la cobra a salir de la tela pintada o el cesto de mimbre que la envuelve, […]. Para mí eran serpientes doradas y brillantes. Su veneno era parte de su perfección.[2]

Tras chocar con el padre de Bosie, el marqués de Queensberry, Wilde recibió una tarjeta de visita del marqués acusándole de sodomita. Queensberry, que tenía dos hijos homosexuales a los que consideraba corrompidos por «queers esnobs» como Wilde y el entonces primer ministro Archibald Primrose, V conde de Rosebery, estaba obsesionado

1 «Twink» es una palabra utilizada para identificar a jóvenes homosexuales blancos de complexión atlética y sin vello corporal dentro del argot gay. [N. del T.]

2 Wilde, O. (1927), *De Profundis*, Menthuen & Co, Londres, p. 106. [ed. cast.: (2009), *De Profundis*, El Cid Editor, Miami, pp. 165–166].

con la homosexualidad. Los amigos de Wilde le dijeron que dejara el caso en paz, pero, empujado por un impetuoso y celoso Bosie, que odiaba a su padre, Wilde demandó. Había un mancha terrible en el caso de Wilde: *era* un sodomita, y Queensberry podía demostrarlo. El juicio civil no solo humilló a Wilde a los ojos de un público victoriano homófobo, sino que instigó otro juicio penal por indecencia grave. Wilde fue declarado culpable y condenado a trabajos forzados, que, al final, acabaron indirectamente con su vida.

El encarcelamiento de Wilde, por terrible y escandaloso que fuera, se produjo en un momento a la vez peligroso y propicio para la nueva figura del «homosexual» en Europa. Dentro de ciertos círculos literarios y científicos, aunque reducidos, se estaba formando una nueva identidad. Los sexólogos describían un «tercer sexo» intermedio entre el masculino y el femenino. En las ciudades atestadas con las nuevas masas proletarias y enriquecidas por el saqueo colonial, un grupo de personas se convirtió en la primera generación de activistas que perseguían algo que podríamos reconocer hoy en día como «derechos de los homosexuales». Hablaban del deseo entre personas del mismo sexo con sensibilidad, incluso con respeto, llamándose a sí mismos «uranistas», «uranianos» o incluso «homosexuales». Para estas personas, el juicio de Wilde fue un momento relevante en el desarrollo de lo que, en las décadas siguientes, se convertiría en algo parecido a un movimiento coherente. Al fin y al cabo, los escándalos atraían la atención del público. Los periódicos escribieron sobre los homosexuales peligrosos, y más gente empezó a reconocerse como tal y a sentirse en peligro, e intrigada, por lo que ese reconocimiento podría significar.

La utópica visión de Wilde del amor entre hombres sigue siendo, en Gran Bretaña y fuera de ella, un mito creador de la identidad pública homosexual masculina. Durante su juicio, Wilde lanzó una apasionada defensa del deseo homosexual:

> En este siglo hay un concepto tan erróneo de él que se puede definir como «el amor que no osa decir su nombre», y que, por esa razón, estoy colocado donde estoy ahora. Es la más hermosa, la más fina, la más noble forma del afecto. No hay nada contra la naturaleza en ello.[3]

3 Montgomery Hyde, H. (1956), *The Three Trials of Oscar Wilde*, University Books, Nueva York, p. 236. [Cita en castellano extraída de Wilde, O. (2005), *Los procesos contra Oscar Wilde. Actas de los juicios*, Valdemar, Madrid, p. 168].

Tal declaración puede considerarse casi como un grito de guerra para el siglo de activismo a favor de los derechos LGBTQ que vendría después, y Wilde se convirtió en uno de sus primeros mártires.

Bosie se convirtió en una nota a pie de página en la historia: una encarnación de la «energía del *twink* malvado», una manzana envenenada cuyo camino por la vida dejó una estela de destrucción que condujo a la caída del gran héroe. Sin embargo, Bosie –el hombre, sus deseos, sus actitudes y sus debilidades– tuvo tanto que ver con la irrupción de la homosexualidad en la esfera pública como Wilde. Bosie puso en marcha el juicio. De hecho, fue Bosie, y no Wilde, quien acuñó el término «el amor que no osa decir su nombre» en uno de sus poemas. Al igual que Wilde, Bosie moldeó y fue moldeado por las actitudes y culturas sexuales de su época, y su posterior vida de compromiso político con la extrema derecha es tan desagradable y esclarecedora como sus años con Oscar.

Tras la muerte de Wilde, Bosie se casó con una poetisa bisexual llamada Olive Custance, y cuando su matrimonio se fue a pique, se convirtió al catolicismo y empezó a manifestar opiniones cada vez más antisemitas. Escribió artículos para la revista antisemita *Vigilante* acusando a varias personas de conspirar para socavar la masculinidad británica con la homosexualidad judía, y en 1920 cofundó una revista llamada *Plain English* que promocionaba copias de la teoría de la conspiración antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión*, difamaba a los izquierdistas y a los irlandeses, y acusaba a figuras tan derechistas y convencionalmente masculinas como Winston Churchill de estar implicadas en conspiraciones judías para socavar el esfuerzo bélico. (Churchill acabó demandándole, y ganó). Tras un periodo en prisión, Bosie murió pobre y en la oscuridad en 1945. Solo dos personas asistieron a su funeral.[4]

Durante años, los homosexuales han recordado a Oscar como uno de los suyos, pero han descuidado a Bosie como alguien que tiene algo que decirnos sobre cómo surgió la homosexualidad. ¿Por qué elegimos recordar al ingenioso y glamuroso Wilde y olvidamos al maquiavélico, antisemita y de mala fama Bosie?

Y, lo que es más importante, ¿por qué asumimos que la vida y las actitudes de Wilde moldearon la trayectoria del proyecto de la homosexualidad mejor que las de Bosie? Bosie difícilmente fue el primer gay que se obsesionó con la extrema derecha y la política racista, o que

4 Véase Murray, D. (2000), *Bosie: A Biography of Lord Alfred Douglas* Hyperion, Nueva York.

confundió la liberación con la libertad de vivir sus propios deseos y su elevado estatus de clase.

Este es un libro sobre esos personajes, un libro sobre maricas de la historia que no nos halagan y a los que no podemos convertir en héroes: los mentirosos, los poderosos, los criminales y los triunfadores. Desde Alejandro Magno hasta J. Edgar Hoover, nuestra historia está plagada de ellos. Sin embargo, a diferencia de nuestros héroes –personajes como Oscar Wilde, Audre Lorde y Alan Turing– rara vez los recordamos como gays. Y, sin embargo, su sexualidad fue una influencia tan importante en sus vidas como la de aquellos a quienes celebramos, y sus historias tienen mucho que decirnos sobre cómo llegaron a existir las identidades sexuales que entendemos hoy en día.

A lo largo de este libro iremos perfilando a estes malvades y complicades queers de nuestra historia. Entre sus filas hay emperadores y criminales, matones fascistas y artistas famosos, puritanos austeros y *bon viveurs* pervertidos, pero todos ellos tienen algo en común: participaron activamente en actividades sexuales con personal de su mismo sexo que, en el contexto de la sociedad actual, podríamos entender, de alguna manera, como *homosexuales*. Al examinar la interacción de sus vidas y sus sexualidades, este libro investiga el fracaso de la homosexualidad como identidad y como proyecto político.

«Fracaso» parece una palabra dura, y esta valoración, aunque sea nuestro principal argumento en este libro, es por supuesto incompleta. De hecho, hay esperanza para las formas queer, y nuestra historia contiene muchas historias vitales y vivas de lucha, alianza y solidaridad. En la conclusión reflexionaremos un poco sobre cómo estas historias y las historias más oscuras que nos hemos pasado contando en este libro podrían existir en una tensión productiva a la hora de pensar sobre el futuro de las vidas gays en Europa y Estados Unidos.[5]

Sin embargo, el fracaso de la homosexualidad masculina blanca mainstream realmente existente a la hora de promulgar la liberación y, en

5 Hobson, E.K. (2016), *Lavender and Red: Liberation and Solidarity in the Gay and Lesbian Left*, Berkeley: University of California Press, California; Bérubé, A. (2011), *My Desire for History: Essays in Gay, Community, and Labor History*, D'Emilio, J. y Freedman, E.B., eds., University of North Carolina Press, Chapel Hill; Lecklider, A. (2021), *Love's Next Meeting: The Forgotten History of Homosexuality and the Left in American Culture* University of California Press, Berkeley; Florvil, T.N. (2020), *Mobilizing Black Germany: Afro-German Women and the Making of a Transnational Movement*, University of Illinois Press, Urbana.

lugar de ello, su aceptación de la plena integración en la casa ardiente de la forma-pareja, la unidad familiar y lo que podríamos llamar, con suerte, el capitalismo tardío, es real, y se articula en torno a tres ejes principales: primero, la separación y el miedo respecto a la disconformidad de género; segundo, su apropiación simultánea de los cuerpos y sexualidades de las personas racializadas y la negación de su plena humanidad, participación política e igualdad; y tercero, su incesante empeño en el proyecto burgués de la «sexualidad» en sí misma.

El primer tema ha sido explorado en el trabajo académico de personas como Susan Stryker, que ha señalado que el proyecto de autojustificación de la homosexualidad ha dependido a menudo de reivindicar la normalidad a expensas de un Otro disconforme con el género: la mujer trans, la reina de la calle, la persona no lo suficientemente respetable como para «pasar».[6] La segunda ha sido examinada por personas como C. Riley Snorton, Jules Gill-Peterson, Ann Stoler y Anne McClintock, quienes han descrito el modo en que los cuerpos de las personas racializadas y colonizadas y las ideas sobre su organización social han servido como la sustancia literal de las subjetividades e identidades metropolitanas y blancas de personas homosexuales y trans.[7] Y la tercera ha sido discutida por una diversidad de académiques marxistas queer, desde los propios liberacionistas gays[8] pasando por los textos clásicos sobre el surgimiento de la identidad gay y su relación con el capitalismo,[9] hasta la reciente intervención de Christopher Chitty alrededor de la correspondencia

6 Stryker, S (2008), *Transgender History*, Seal Press, Berkeley. [ed. cast.: (2017), *Historia de lo trans: Las raíces de la revolución de hoy,* Continta me tienes, Madrid]; Stryker, S. (2008), «Transgender History, Homonormativity, and Disciplinarity», *Radical History Review*, n.º 100.

7 Riley Snorton, C. (2017), *Black on Both Sides: A Racial History of Trans Identity*, University of Minnesota Press, Minneapolis. [ed. cast.: (2019), *Negra por los cuatro costados*, Bellaterra Edicions, Barcelona]; Gill-Peterson, J. (2018), *Histories of the Transgender Child* University of Minnesota Press, Minneapolis [ed. cast.: (2022), *Historias de la infancia trans*, Bellaterra Edicions, Barcelona]; Laura Stoler, A. (2003), *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule* University of California Press, Berkeley; McClintock, A. (1995), *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest,* Routledge, Londres.

8 VV. AA., (1976), «Faggots and Class Struggle: A Conference Report», *Morning Due: A Journal of Men Against Sexism*.

9 D'Emilio, J. (1983), «Capitalism and Gay Identity», dentro de Snitow, A., Stan-Sell, C., y Thompson, S., eds., (1983), *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, Monthly Review Press, Nueva York, pP. 100–113. [ed. cast.: (2006), «Capitalismo e identidad gay», *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico 2*.]

entre las crisis del capitalismo y la persecución de los sodomitas pobres y de clase obrera.[10] Este libro pretende explorar estos temas no a través de argumentos académicos, sino a través de la narración: volviendo a contar las historias de un conjunto de vidas queer que son individualmente fascinantes y horripilantes, y que comunican colectivamente una versión –*nuestra versión*– de la historia de la evolución y el fracaso de las identidades homosexuales masculinas blancas.

Puede ser muy fácil suponer que nuestra forma de pensar sobre las identidades siempre ha sido la misma. Nuestra raza, género, orientación sexual o nacionalidad pueden parecer una parte tan importante e intrínseca de nosotres mismes que asumimos que también debieron ser importantes para las personas que vivieron en el pasado. Pero las identidades son, como ha dicho Stryker, «donde la goma de los sistemas sociales y culturales más amplios golpea la carretera de la experiencia vivida».[11] Están, en cambio, permanentemente y son modificadas por las cambiantes realidades estructurales de la vida, por los sistemas de producción e intercambio, por las formas en que nos relacionamos unos con otros.[12]

Incluso la idea de que las personas tienen una «sexualidad» específica es extraordinariamente reciente, quizá solamente tenga 150 años, y surgió en las metrópolis coloniales europeas en proceso de una rápida industrialización.[13] La rígida segmentación del tiempo en zonas separadas de

10 Chitty, C. (2020), *Sexual Hegemony: Statecraft, Sodomy, and Capital in the Rise of the World System* Duke University Press, Durham. [ed. cast.: (2023), *Hegemonía sexual. Política, sodomia y capital en el surgimiento del sistema mundo*, Traficantes de Sueños, Madrid].

11 Stryker, S. (2016), «Gay American History @ 40: Keynote», Gay American History at 40, The New School, Nueva York, YouTube.

12 Véase Weeks, J. (2000), *Making Sexual History* Polity Press, Cambridge; Foucault, M. (1978), *The History of Sexuality, Volume 1: An Introduction*, trad. Robert Hurley, Pantheon Books, Nueva York. [ed. cast.: *Historia de la sexualidad, La voluntad de saber: Introducción*, Siglo XXI, Madrid]; Fields, K., y Fields, B.J. (2012), *Race–craft: The Soul of Inequality in American Life*, Verso, Londres; Laura Stoler, A. (1995), *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University Press, Durham; Drucker, P. (2016), *Warped: Gay Normality and Queer Anti-capitalism*, Historical Materialism series, vol. 92, Brill, Leiden. [ed. cast.: (2023), *Desviades: Normalidad gay y anticapitalismo queer*, Sylone, Madrid].

13 Véase Foucault, M., *The History of Sexuality, Volume 1,* op. cit.; Weeks, K., *Making Sexual History,* op. cit.; Marhoefer, L. (2015), *Sex and the Weimar Republic: German Homosexual Emancipation and the Rise of the Nazis*, University of Toronto Press, Toronto.

trabajo y ocio, junto con el pánico moral hacia los «atrasados» pretendía justificar la expansión colonial y las incursiones en la supuestamente inmoral vida privada de las clases trabajadoras, inculcaba la idea de que con quién follabas determinaba quién eras.[14] Incluso después de la invención de la «homosexualidad» (y la «heterosexualidad») a finales del siglo XIX, la mayoría de las personas que sentían amor y deseo hacia personas del mismo sexo no querían convertir sus sentimientos en identidades, ni suscribirse a ser medicalizados y apartados.[15]

Estos sentimientos eran, en cambio, fuente de vergüenza, delitos por los que podían ser castigades y tabúes sociales. Cuando algunas personas empezaron a luchar por su reconocimiento y en contra de los sistemas medicalizantes empezaron a surgir movimientos. Las personas que lideraron estos movimientos –al menos las que lograron que el Estado las reconociera– no solían ser de clase trabajadora ni personas de color, sino miembros de la burguesía emergente que intentaban asignar valores positivos a sus actos sexuales dentro de los sistemas de valores imperantes en su época.[16] Y a menudo, como veremos en este libro, con final indeseado.

Al mismo tiempo, la clase trabajadora, los pueblos colonizados y las personas de color han vivido, luchado por, manifestado y expresado constantemente formas de expresión social y sexual que han desafiado tanto los prejuicios sociales hacia las minorías sexuales y de género *como* la política burguesa de la élite gay.[17] Estos desafíos han sido a menudo

14 Véase Foucault, M., *The History of Sexuality, Volume 1,* op. cit.; Freeman, E. (2010), *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories*, Duke University Press, Durham; Martineau, J. (2015), *Time, Capitalism and Alienation: A Socio-Historical Inquiry into the Making of Modern Time*, Historical Materialism series, vol. 96 Brill, Leiden; Conrad, S. (2018), «"Nothing Is the Way It Should Be": Global Transformation of the Time Regime in the Nineteenth Century», *Modern Intellectual History*, 15, n.º 3, pp. 821–48; Arondekar, A. (2005), «Without a Trace: Sexuality and the Colonial Archive», *Journal of the History of Sexuality* 14, n.º 1, pp. 10–27.

15 Para la invención de la heterosexualidad, véase Ned Katz, J. (1995), *The Invention of Heterosexuality*, Dutton, Nueva York.

16 Véase Marhoefer, L., *Sex and the Weimar Republic*, op. cit.; Marhoefer, L. (2019), «Was the Homosexual Made White? Race, Empire, and Analogy in Gay and Trans Thought in Twentieth-Century Germany», *Gender and History*, 31, n.º 1, pp. 91–114; Hennessy, R. (2000), *Profit and Pleasure: Sexual Identities in Late Capitalism*, Routledge, Nueva York; Gill-Peterson, J., *Histories of the Transgender Child*, op. cit.

17 Veáse Drucker, P., *Warped*, op. cit.; Ferguson, R. (2019), *One-Dimensional Queer,* Polity, Medford; Hobson, E.K., *Lavender and Red*, op. cit.; Lecklider, A., *Love's Next Meeting*, op. cit.

duramente resistidos por esa élite en su momento, aunque –debido a su adopción dentro de la política de masas y la organización disruptiva– han tenido efectos de gran alcance en nuestras vidas queer. A menudo, después de los hechos, la élite queer reconoce tardíamente a estas personas, movimientos, momentos y luchas en un intento de incorporarlos a la narrativa dominante sobre lo que significa ser gay, lesbiana o trans, como si los gays de clase obrera y las trabajadoras sexuales, las drag queens y las mujeres trans de color en el Stonewall Inn del West Village de Nueva York hubiesen lanzado ladrillos a la policía para conseguir la igualdad matrimonial para la clase pudiente de gays y lesbianas.[18]

Es este proceso de lucha y contestación el que ha *creado* la idea misma de lo que es ser gay o queer: ha marcado la producción de culturas queer, el debate sobre las vidas queer y la búsqueda de ejemplos históricos por parte de las personas queer para justificar sus propios actos e identidades. Incluso el término «gay» ha cambiado; hace cincuenta años, el término tenía un significado más amplio que incluía a personas queer y bisexuales, personas trans, travestis y más: cualquiera que viviera abiertamente más allá de las normas heterosexuales y cisexistas de una sociedad más conservadora, y sufriera por ello. Hoy en día, tiende a referirse a una idea más limitada de la atracción sexual hacia personas del mismo género. Estas definiciones también son lugares de lucha y negociación.[19]

Puede resultar difícil, por tanto, encontrar la terminología adecuada para hablar de personas que podrían encajar en tal categoría hoy en día, cuando tales ideas e identidades no existían en su sociedad. ¿Se puede llamar *homosexual a* alguien como Jacobo VI y I, un hombre que casi con toda seguridad mantenía relaciones sexuales con otros hombres, cuando esa identidad ni siquiera existía como concepto en aquella época? Cuando gobernaba Inglaterra y Escocia, y comenzaba sus campañas de colonización en Irlanda y América, nadie pensaba que con quién *follaban* tuviera nada que ver con quiénes *eran*. Entonces, ¿qué significa

18 Por citar solo un gran ejemplo, hubo una reacción por parte de la élite gay a la rebelión en Stonewall: inicialmente horrorizados por las tácticas confrontacionales de las rebeldes reinas de la calle, desde entonces han convertido el evento y a sus participantes en heroínas. Véase Duberman, M. (2019), *Stonewall: The Definitive Story of the LGBTQ Rights Uprising That Changed America*, rev. ed. Plume, Nueva York; Armstrong, E., y Crage, S.M. (2006), «Movements and Memory: The Making of the Stonewall Myth», *American Sociological Review*, 71, n.º 5, p. 724–51.

19 Véase Chauncey, G. (1994), *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World, 1890-1940,* Basic Books, Nueva York.

llamar «gay» a Jaime, al emperador Adriano o a cualquier otro nefasto personaje de la historia?

Hemos decidido utilizar ese término actual como una forma de poner la homosexualidad de hoy bajo microscopio y averiguar por qué es problemática e incompleta, y por qué no logró cumplir sus promesas utópicas de liberación. Al hablar de estas personas y de sus comportamientos compartidos en relación con los demás, podemos empezar a extraer características e historias que podrían arrojar luz sobre cómo llegó a existir una identidad gay contemporánea: desde las ideas de lo que significa ser «un hombre», pasando por cómo el deseo por el mismo sexo ha influido en los principales acontecimientos históricos, hasta cómo llegaron a existir los temidos heterosexuales, cómo llegaron a entenderse a sí mismos como opuestos a les queers y a temernos, vigilarnos y reprimirnos. Puede que nuestros sujetos no hayan tenido una identidad «gay», pero sus vidas pueden decirnos mucho sobre por qué nosotros sí la tenemos.

Si «gay» es un término impreciso pero conveniente, también lo es «malo». Aunque algunas de las personas que aparecen en el libro son, sin duda, *malas* –fascistas, asesinos y otras escorias por el estilo–, muchas de ellas son un poco más complicadas. Podemos empezar a analizar sus vidas en el contexto de la época en que vivieron y ver cómo, dentro de ese contexto, sus decisiones influyeron o se vieron influidas por su vida sexual.

Muches estaban profundamente traumatizades por la culpa que sentían como consecuencia de sus deseos sexuales: empujades por la sociedad hacia vidas que se veían incapaces de llevar, tomaron decisiones extrañas o acabaron dañando el mundo en sus esfuerzos por reformarlo. No obstante, merece la pena explorar y profundizar en los vínculos entre sus acciones negativas y sus deseos sexuales. Por ejemplo: ¿podemos entender realmente la agresiva caza de brujas política de Roy Cohn y su miedo a una conspiración secreta fuera del contexto de sus propios sentimientos negativos respecto a su homosexualidad? Por estas razones utilizamos las categorías de «malo» y «homosexual», como provocaciones para hablar más profundamente de lo que entendemos que significan ambas palabras.

Si no está suficientemente claro que no escribimos como homófobos, pregunten a nuestros novios, a nuestros amantes, a nuestros amigos. Ambos estamos profundamente marcados por la homosexualidad, pero también profundamente insatisfechos con ella. Por eso hemos subtitulado este libro «Una historia homosexual», y lo decimos precisamente

así: no (solo) porque seamos homosexuales o porque esta sea (solo) una historia de la homosexualidad o de los comportamientos homosexuales, sino porque este libro es un baile a través de los pasados útiles y abusivos de la homosexualidad. Aprendemos del amplio espectro de la teoría escrita por y sobre las personas queer y trans, y escribimos desde nuestra posición de hombres gays blancos sobre una serie de personas cuyos comportamientos, actitudes y acciones pueden ayudarnos a entender por qué y cómo la homosexualidad masculina blanca, como proyecto político, identitario y emancipatorio ha fracasado.

El nacimiento de la homosexualidad

Cuando decimos que «los homosexuales no existían antes del siglo XIX», no queremos decir, por supuesto, que los hombres no se acostaran con hombres, o las mujeres con mujeres; o que la gente no viviera o entendiera su género de forma diferente a como les fue asignado al nacer o a como lo entendía su sociedad. De hecho, cuando en el siglo XX las personas LGBTQ en Europa y EE. UU. empezaron a buscar en la historia a sus antecedentes queer encontraron muchas pruebas documentales de que follar y el amor entre personas del mismo sexo tenía una larga historia, sobre todo desde la antigüedad, desde los registros antropológicos y etnográficos de las colonias y a través de los registros y transcripciones de delitos y castigos. El sexo entre hombres en Europa ha sido castigado durante siglos, por supuesto; la ley bíblica establece explícitamente que está prohibido. Pero la forma en que la gente piensa sobre ello, y lo que creen que está *mal* en ello, ha cambiado.

En Europa, durante toda la Edad Media, el sexo entre dos hombres se conocía como sodomía. A diferencia de hoy en día, cuando sodomía significa sexo anal, durante la mayor parte del periodo medieval simplemente se refería a actos sexuales que no daban o no podían dar lugar a la procreación. De hecho, si una mujer chupaba el pene de un hombre en la Inglaterra medieval, podía ser considerada sodomita. La razón, por tanto, de la prohibición de la sodomía era su carácter *antinatural*, contraria al plan de Dios para que la humanidad «fructifique y se multiplique».

A veces esto puede dificultar discernir si las acusaciones de sodomía y comportamiento pecaminoso lanzadas contra reyes o nobles de la época implicaban que follaban con otros hombres o simplemente que follaban por ahí. Como este comportamiento era pecaminoso, su

persecución quedaba en manos de los poderosos tribunales eclesiásticos. A principios de la Edad Media, la sodomía entre dos hombres no se señalaba como un pecado especial; como cualquier otro, conllevaba su penitencia. Solo más tarde, en la Europa medieval, los actos sexuales entre personas del mismo sexo adquirieron un estigma único. Alrededor del año 1300, las ciudades-estado italianas empezaron a implementar las primeras leyes civiles contra esos comportamientos, y en los albores del siglo xiv, Felipe IV de Francia se dio cuenta de lo útil que podía ser la acusación de sodomía para reprimir a los poderosos templarios, a los que debía una gran suma de dinero que no podía devolver. No fue hasta 1533 cuando la legislación inglesa adoptó su primera ley contra la sodomía. La opinión pública en torno a la sodomía, junto con la utilidad de las acusaciones para enfurecer a las masas al servicio de la reacción, era demasiado poderosa para permanecer en manos de los tribunales eclesiásticos, por lo que pasó al ámbito de los tribunales civiles.

Con la invención de estas leyes civiles, la sodomía dejó de ser simplemente un pecado para convertirse también en un delito. Con ello, empezó a surgir una nueva ola de estigmatización en torno a ella, una que resultó notablemente útil para los monarcas y políticos que podían esgrimir las leyes a su favor. Para Enrique VIII, que aplicó la Ley de Sodomía de 1533, la acusación de comportamiento homosexual se convirtió en una herramienta útil para perseguir a monjes y sacerdotes que durante mucho tiempo habían sido asociados, en el imaginario popular, con actos obscenos entre hombres. El deseo de Enrique VIII de aplastar al clero no se limitaba a su propia vida sexual; también intentaba apoderarse de sus tierras y cercar las tierras comunes, arrebatando el poder y la riqueza de manos de la Iglesia. Por lo tanto, el castigo nombrado en la Ley de Sodomía no era solo la ejecución (los sacerdotes y monjes ni siquiera podían ser ejecutados por asesinato en esa época), sino también la confiscación de sus tierras y propiedades por parte del monarca. A principios de la Edad Moderna, mucha gente seguía considerando pecaminoso que los hombres se acostaran con hombres y las mujeres con mujeres, pero también se consolidó en el imaginario popular como un delito. La sociedad cambiaba rápidamente; los cercamientos iniciados por Enrique continuaron a lo largo de los siglos xvi y xvii. Como consecuencia, las ciudades aumentaron vertiginosamente de tamaño. Cuando se aprobó la Ley de Sodomía, vivían en Londres cincuenta mil personas; en setenta años había casi un cuarto de millón, y a finales de la era victoriana vivían más de seis millones de personas en la ciudad

más grande que el mundo había visto jamás. La creciente urbanización en toda Europa vino acompañada de preocupaciones sobre lo que esta nueva «clase obrera» hacía en su escaso tiempo libre, viviendo en barrios cerrados y, a los ojos de la burguesía emergente, preocupantemente carente de escrúpulos morales.

Junto a pánicos morales más amplios hacia los comportamientos sexuales aberrantes y la prostitución, las clases dirigentes de la Inglaterra victoriana estaban cada vez más preocupadas por los actos sexuales entre personas del mismo sexo que tenían lugar en sus ciudades. Además de reforzar la legislación contra la sodomía con la Ley de Delitos contra la Persona [Offences Against the Person Act] de 1861 (que, aunque eliminaba la pena de muerte por sodomía, raramente aplicada, introducía un nuevo castigo de diez años a cadena perpetua), en 1885 también aprobaron la Ley de Reforma del Derecho Penal, que criminalizaba, por primera vez, no solo el sexo anal, sino todas las formas de actividad sexual entre hombres, incluida la solicitud de sexo entre hombres. El *cruising*, los besos, las charlas, las palmadas en el culo, todo prohibido. Con esta ley persiguieron a Wilde, y más de medio siglo después también a Alan Turing.

Cuando los colonizadores llegaron por primera vez a las costas de África y América, y empezaron a asesinar a los pueblos que encontraron allí y a robarles sus tierras y recursos, se encontraron con sociedades que solían tener funciones sociales diversas para las personas que adoptaban comportamientos que los europeos consideraban «homosexuales» o transgresores del género. Estas identidades solían estar arraigadas en la estrecha relación entre sexo y parentesco y a veces tenían funciones religiosas, políticas o sociorreproductivas. La presencia de personas a las que los colonos podían llamar sodomitas y travestis proporcionaba una útil justificación religiosa y política para su asesinato y sometimiento.

Al mismo tiempo, las historias de estos extraños pecados coloniales (en francés, «hacerlo al estilo colonial» llegó a ser argot para referirse a la sodomía) se codificaron en el tejido del discurso europeo, convirtiéndose incluso en fuentes de inspiración embrujada y mortal para algunas figuras homosexuales europeas.[20] La actividad sexual entre personas del mismo sexo se había despenalizado en Francia tras la revolución, cuando las leyes sobre la sodomía, al igual que muchas otras leyes que regulaban

20 Aldrich, R. (2003), *Colonialism and Homosexuality*, Routledge, Londres y Nueva York.

el comportamiento de las clases populares, se eliminaron del código penal de 1791; y ese principio se impuso en la mayoría de los territorios (incluidos los Países Bajos y gran parte del territorio de Alemania antes a la unificación) que pasaron a estar bajo control francés, aunque el acoso legal y el oprobio moral a menudo seguían dirigiéndose contra personas que participaban en actos sexuales entre personas del mismo sexo. (Tras la unificación, Alemania adoptó el código legal prusiano de 1870, que ilegalizaba la sodomía). Turquía también había despenalizado los comportamientos homosexuales bajo el Imperio Otomano.

Fue a mediados del siglo XIX cuando, por primera vez, grupos de médicos, científicos, sociólogos y las propias personas queer empezaron a formular sus propias teorías sobre lo que todo ese deseo sexual podía *ser*, podía *significar*. Mientras el colonialismo y la ciencia de las razas empezaban a crear taxonomías de los seres humanos basadas en rasgos y comportamientos, los teóricos del sexo empezaron a dar vida a un nuevo tipo de humano: el homosexual.

En Alemania, el abogado y escritor Karl Heinrich Ulrichs reconoció ante sus amigos y familiares que él era *así*, por decirlo de alguna forma, en la década de 1860. Empezó a escribir una serie de panfletos bajo el título colectivo «Estudios sobre el enigma del amor entre hombres», en los que desarrollaba su teoría de que, en lugar de que los actos sexuales entre personas del mismo sexo fueran *algo que* la gente hacía, el deseo de *hacer esas cosas* era, en sí mismo, parte de la naturaleza de algunas personas. Se trataba de una teoría no solo del sexo, sino de la sexualidad. Ulrichs describió a los hombres amantes del mismo sexo como «Uranistas» y a las mujeres como «Dionistas». Además, como abogado hizo campaña pública a favor de la derogación de la legislación contra la sodomía en Prusia e inició un intercambio de cartas con otros sexólogos interesados en sus ideas.[21]

Uno de ellos fue el periodista y activista húngaro Karl-Maria Kertbeny, que escribió sus propios textos pidiendo una reforma legal argumentando que estos impulsos eran innatos. Alegando únicamente un «interés antropológico» por el tema (*lo que tú digas, amore*), acuñó nuevos términos para describir el fenómeno, entre ellos, el término «homosexual». Y lo que es más importante, también buscó en la historia ejemplos de hombres homosexuales con los que demostrar que este fenómeno no era

21 Véase Leck, R. (2016), *Vita Sexualis: Karl Ulrichs and the Origins of Sexual Science*, University of Illinois Press, Illinois.

nuevo: un primer ejemplo de historia gay. Sexólogos y activistas como Ulrichs, Kertbeny y, más tarde, el psiquiatra Richard von Krafft-Ebing empezaron a popularizar la idea de que la homosexualidad no debía entenderse como pecado o como delito, sino en términos clínicos, como una condición médica con la que algunos nacen.[22]

El escenario estaba preparado para nuestra comprensión contemporánea de la homosexualidad. Hoy en día, el modelo psiquiátrico de Krafft-Ebing, con algunas modificaciones, sigue siendo considerado por muchos como una «explicación» suficiente para los gays, mientras que las campañas políticas y los cambios culturales han comenzado lentamente a hacer retroceder la noción de que la homosexualidad sea un pecado o un delito. Asimismo, la idea de la homosexualidad como parte holística e inherente de la propia *identidad*, y no solo como un tipo de sexo que cualquiera podría tener, se ha establecido como norma. El modelo político que se construyó sobre esta base –que los homosexuales hacen lo que hacen porque son como son, y nosotros no podemos evitar ser como somos, por lo que sería cruel y antiliberal reprimir su naturaleza o negarles sus derechos civiles– sigue siendo válido. De hecho, en gran parte de Occidente la idea de que la homosexualidad es una característica inmutable está tan arraigada que el slogan «Born this Way», que en su día fue una explicación médica estigmatizadora, es ahora tanto un grito de guerra como un himno pop, que se eleva en oposición a las nociones conservadoras de que la homosexualidad es una desviación adquirida que puede «curarse» con «terapia».

Este modelo binario de pensamiento sobre la homosexualidad está tan profundamente interiorizado que sugerir que uno podría elegir la homosexualidad como una opción positiva, o incluso ser capaz de tener cierto control sobre la configuración de tus propios deseos, se considera un discurso de odio. En los círculos liberales, incluso cuando la homosexualidad está bien considerada, incluso cuando conlleva derechos de pensión y servicio militar y un bonito piso con balcón y un perrito, sigue siendo una *aflicción*.

22 Véase Herzer, M. (1986), «Kertbeny and the Nameless Love», *Journal of Homosexuality*, 12, n.º 1, pp. 1–26,

El camino de la homosexualidad

Sin embargo, se necesitaría algo más que el análisis individualista, clínico y peyorativo de Krafft-Ebing para producir el cambio del delito de sodomía a la identidad de homosexualidad. A finales del siglo XIX, inspirados por el creciente debate y organización en torno al tema de los «uranistas», los «uranianos» y los «homosexuales», escritores como Wilde, John Addington Symonds, Walt Whitman y Edward Carpenter ayudaron a tratar de dar cuerpo, con mayor o menor éxito, a la subjetividad homosexual: no solo lo que era, sino cómo se sentía y qué podía significar. Mientras tanto, en Alemania, el sexólogo Magnus Hirschfeld, él mismo homosexual, creó el «Comité Científico Humanitario» en 1897 y el Instituto para la Ciencia Sexual [*Institut für Sexualwissenschaft*] en 1919 para apoyar a las personas LGBTQ y hacer campaña en favor de la reforma legal y el entendimiento social. También prosperaron activistas, artistas y escritoras lesbianas como Claire Waldoff, Johanna Elberskirchen y Lotte Hahm. Muchas personas trans encontraron refugio en el instituto de Hirschfeld, que les ofrecía protección de la policía que las perseguía por vestir de forma distinta a lo que se esperaba de su género asignado al nacer, e incluso tratamientos quirúrgicos y hormonales rudimentarios de afirmación de género; aunque Hirschfeld también intentó rudas cirugías «correctivas» antitrans, como veremos más adelante en el libro.

Así, desde el cambio de siglo hasta la toma del poder por los nazis, y especialmente en la época de la República de Weimar (1919-33) tras el final de la Primera Guerra Mundial, Alemania no solo mantuvo una campaña política a favor de la reforma, sino también un próspero panorama social y cultural queer. Con una comprensión de la homosexualidad como identidad política y social, una cultura social ligada a esa comprensión política y una variedad de organizaciones –incluidas algunas organizaciones de masas– que luchaban por y defendían los derechos legales, Alemania fue testigo durante los años de Weimar de la primera iteración de lo que podríamos llamar un movimiento LGBTQ popular. Como ocurre con muchos movimientos de este tipo, hubo desacuerdos –entre masculinistas y feministas, entre socialistas y anarquistas y fascistas de extrema derecha– pero, curiosamente, prácticamente todos estos escritores y pensadores hicieron hincapié en los registros etnográficos de los pueblos colonizados como elemento central

para su comprensión de quiénes eran los homosexuales y en qué podía convertirse su cultura.

Las revistas gays de la época de Weimar estaban llenas de referencias a los pueblos colonizados y a sus sexualidades supuestamente exóticas: desde los nativos americanos hasta los africanos (clasificados como «pueblos de la naturaleza» por la antropología racista), pasando por las civilizaciones de la India y China («pueblos de la cultura»), estos escritores pensaban que la actividad sexual entre personas del mismo sexo en estas culturas había sido natural y socialmente aceptada. Solo en la civilización europea había sido proscrita y prohibida. Esta cosmovisión combinaba críticas potencialmente subversivas sobre la supuesta superioridad de la civilización europea con concepciones fundamentalmente racistas de las diferencias entre lugares, pueblos y culturas.

Estos movimientos fueron aniquilados por el fascismo. Aproximadamente cien mil presuntos homosexuales fueron detenidos bajo el régimen nazi, de los cuales cincuenta mil fueron enviados a campos, donde murieron miles. Muchos cientos de miles más reprimieron sus vidas, y miles partieron al exilio. Se cerraron clubes y bares, y los archivos del Instituto para la Ciencia Sexual de Hirschfeld fueron de los primeros en ser pasto de las llamas durante las infames quemas de libros. Después de la guerra, en Alemania Occidental, las cosas apenas mejoraron: el endurecimiento de las leyes nazis contra la sodomía no fue derogada por el gobierno de Alemania Occidental hasta 1969, y las penas de prisión cumplidas en campos de concentración no se consideraron debidamente cumplidas en absoluto. Los homosexuales eran liberados de los campos y devueltos directamente a la cárcel, donde se les unían decenas de miles de nuevos detenidos.

Los movimientos por los derechos de los homosexuales resurgieron en la década de 1950. Muchos hombres y mujeres habían experimentado por primera vez ambientes homosexuales durante la Segunda Guerra Mundial y les gustó lo que encontraron allí. Las ideas que habían sido prohibidas en Alemania se difundieron a través de emigrantes y refugiados. En Estados Unidos, a medida que empezaban a surgir los movimientos, el Estado también reprimió duramente tanto el emergente movimiento por los derechos de los homosexuales como la homosexualidad en general. Como parte de una paranoia generalizada fabricada por la derecha, el gobierno asoció la homosexualidad con el comunismo y la consideró una amenaza para la seguridad nacional. Se investigó la vida privada de miles de hombres y mujeres queer, la mayoría de los

cuales vivían «en el armario», y se les despidió de empleos federales y se les incluyó en listas negras de sus profesiones. El movimiento por los derechos de los homosexuales, que seguía siendo en gran medida una red clandestina de pequeños grupos y publicaciones, recibió tanto una nueva oleada de activistas como una renovada represión. En muchas organizaciones, izquierdistas, comunistas y organizadores comunitarios fueron purgados por otros activistas LGBTQ preocupados por la infiltración del gobierno y desesperados por seguir siendo «respetables». Lo contrario también fue cierto.

No fue hasta finales de la década de 1960, tras una insurrección de seis días en Stonewall por parte de personas LGBTQ en su mayoría de clase trabajadora, incluidas muchas personas de color, cuando las organizaciones homófilas gradualistas de clase media (que habían comenzado con una oleada de actividad comunista en Los Ángeles en la década de 1950 antes de girar bruscamente a la derecha) fueron sustituidas por una nueva generación de activistas. En lugar de abogar por victorias graduales en materia de derechos civiles conseguidas mediante respetables campañas políticas, este nuevo movimiento exigía la liberación gay inmediatamente. Las personas gays (en aquel momento un término más general que abarcaba todo tipo de identidades sexuales y de género) ya no vivirían en la sombra ni pedirían tolerancia: «saldrían del armario» como elles mismes y conseguirían sus derechos siendo inconfundiblemente lo que eran.

El enorme movimiento social que siguió, impulsado por una creencia fundamental en el valor de la autorrealización, avanzó la idea de que para superar la opresión política, las personas queer también tenían que superar su vergüenza personal. En este contexto, escritores, poetas y artistas se remontaron a la historia para encontrar ejemplos que demostraran que *siempre habíamos estado aquí* y que nuestras vidas no tenían por qué vivirse envueltas en la vergüenza o el miedo. Si Oscar Wilde, Safo, Langston Hughes, Federico García Lorca, Lucía Sánchez Saornil, Leonardo da Vinci, Billie Holiday y Alejandro Magno podían ser homosexuales, y si ellos podían ser homosexuales y vivir sus vidas al máximo, entonces tú también podías. Puede que estas personas tuvieran su verdadero yo reprimido, tanto por sus compañeros como por la historia, pero al revelarlo, las personas LGBTQ estaban construyendo sus propias historias.

La muerte (y la vida) de la homosexualidad

Este fue un trabajo importante, ayudar a personas que habían crecido en el miedo y el odio a sí mismas a vivir felices, plenas y *con orgullo*. Pero, ¿no es hora de que miremos también a aquellos a los que los primeros pioneros de los derechos de los homosexuales no estaban tan dispuestos a reclamar como *familia*, como *uno de nosotres*? ¿O a las personas de entre esos pioneros –las personas que ayudaron a hornear el pastel de identidad y deseo que hoy define nuestras vidas– que quizá dañaron irreparablemente la sustancia de lo que es ser «gay»? En el transcurso de sus vidas, zarandeados por los vientos de la historia y las circunstancias sociales, muchos amantes del mismo sexo y disconformes de género eligieron caminos terribles e infligieron un daño atroz a los demás.

Si hemos de aceptar que algunos de los más grandes artistas, activistas y poetas de la historia fueron guiados y motivados por su sexualidad, ¿por qué no también los criminales, déspotas e intolerantes? En sus vidas hay valiosas lecciones sobre cómo llegamos a entendernos a nosotres mismes, sobre los retos a los que se han enfrentado las personas LGBTQ –no siempre con honor– a lo largo de la historia, y sobre cómo el sexo, el amor y el deseo han llevado a la gente a tomar decisiones que han cambiado el mundo. No se trata simplemente de que son vidas fascinantes y complejas que nos obligan a comprender la homosexualidad. También nos piden que nos pongamos en duda toda noción de héroes homosexuales: ¿por qué elegimos recordar y por qué elegimos olvidar?

Cuando un gay se convierte en fascista, ¿cómo afecta su homosexualidad a su atracción por la política de venerar al Estado como si fuera un gogó bailando sobre dentro de un box? Cuando un rey tiene amantes varones jóvenes y luego es chantajeado, y cuando el proceso de obligar a los campesinos a abandonar sus tierras está ligado al mismo oprobio moral que amenaza al rey, ¿qué transacciones de poder e influencia se encuentran en juego? Cuando una antropóloga bisexual se basa en proyecciones primitivistas de los Otros colonizados para encontrar respuestas a cómo podría vivir ahora, en una sociedad que ve su queeridad como aterradora y retrógrada y como una amenaza a todo aquello considerado moderno, ¿cómo podrían haber afectado sus deseos a la nostalgia mítica presente en su trabajo y, por tanto, al curso del pensamiento antropológico del siglo xx? ¿Por qué configuraciones de identidad y deseo que parecen caducas siguen teniendo tanto poder

sobre tanta gente, incluidos nosotros, los autores? ¿Por qué no podemos finalmente matar o abandonar la homosexualidad y hacer otra cosa, algo mejor, en su lugar?

En última instancia, este libro es un proyecto de desmitificación y un acto de amor. «Lo gay es bueno», rezaba el viejo eslogan, pero no sirve para nada por sí solo. Como verás, muchas de las maricas con los peores objetivos políticos han querido posicionarse como herederos de un reino secreto o mágico, como hijos de una larga estirpe de héroes. El proceso de formación del movimiento y de la identidad a menudo ha implicado reificar, recrear y rendir culto al poder y al mal en sus formas más brutales. Tal vez haya llegado el momento de que la propia homosexualidad muera, de que encontremos nuevas configuraciones más funcionales y apropiadas para nuestra política y nuestros deseos. O quizá ser queer sea tan transitorio e incompleto como cualquier otra cosa. Tal vez todes estemos perdides y asustades, sometides a fuerzas que escapan a nuestro control, y tratando de averiguar cómo configurar nuestros deseos rebeldes y nuestras políticas a través de una forma ética de estar en el mundo.

Si hay algo que salvar de la homosexualidad es su reconstrucción del concepto de familia. No nacemos en una familia fija, sino que podemos elegir la nuestra. Esto podría ser un proyecto de socialización, pero también de politización, de entender a qué tipo de «nosotros» político queremos pertenecer. Entender cómo nos convertimos en un «nosotros» en primer lugar –y cuestionar hasta qué punto ese «nosotros» tiene sentido, teniendo en cuenta lo diferentes que hemos sido unos de otros y lo terriblemente que nos hemos tratado unos a otros– podría ayudarnos a elegir mejor. Es entonces cuando empieza el trabajo de verdad.